

# “El Escarabajo de Oro”

de Edgar A. Poe

(Ensayo de Raúl Lockward)

En El Escarabajo de Oro, Edgar A.

Poe, se muestra como el analítico y el Poe del misterio y la aventura. Este pone en escena seres donde se concentran ciertas facultades en su punto más alto, y, además, hace temblar a los lectores con la forma de inventar los incidentes, combinarlos y lograr su efecto preconcebido, el cual consiste en someter a estos al plano imaginario y espiritual: “Recogió el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de estrujarlo y de tirarlo, sin duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. En un instante su cara enrojeció intensamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinado el dibujo. A la larga se levantó, cogió una vela de la mesa, y fue a sentarse sobre una arca de barca, en el rincón más alejado de la estancia. Allí se puso a examinar con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, empero, y su actitud me dejó muy asombrado; pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Luego sacó de su bolsillo una cartera, metió con cuidado en ella el papel, y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Aún así, parecía mucho más abstraído que malhumorado. A medida que avanzaba la tarde, se mostraba más absorto en un sueño, del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Al principio pensaba yo pasar la noche en la cabaña... pero, viendo a mi huésped en aquella actitud, juzgué más conveniente marcharme... al partir, estreché mi mano con más cordialidad que de costumbre”. Esto indica, y emborracha la duda mientras cae al vacío, que Poe es el escritor de los nervios, de describir en una forma minuciosa y científica toda esa parte imaginaria que flota en torno al hombre nervioso y le hace acabar mal.

En el mismo orden de ideas, el genio terminó mal. Concluyó su ola pasajera una noche en Baltimore ignorando toda conducta o psicología normales; dando por sentado que todos sienten lo que él siente, y moviendo a sus personajes sin clara conciencia de que son distintos del común de los hombres. Por ejemplo, esto se da con William Legrand, su personaje principal, el cual, tildado por él de recluso, vagabundo, nigromante, lunático a lo largo del cuento, no deja de ser el egotismo de Poe: vértigo de infinito, dolor hogareño, insulto de la miseria. Y aunque vértigo nos produce el dolor de verlo insultar uno de sus preceptos, el Diabolo Enamorado parece haber olvidado su comienzo en el final. Esto es, Poe inicia explicando qué relación trabó William Legrand con el médico, de dónde era aquél, cuál era su situación actual, entre otras cosas; no obstante, al final deja una duda con la pregunta: “¿Quién nos lo dirá?”, que se contradice con la certeza planteada al comienzo, con lo que debió relacionarse. Además, Poe empieza el cuento sin acierto, sin despertar de golpe el interés del lector. De ahí que claudique en lo que Bosch diría: “El cuento debe iniciarse con el protagonista en acción, física o psicológica, pero acción; el principio no debe hallarse a mucha distancia del meollo mismo del cuento, a fin de evitar que el lector se cansé”. Quizás su finalidad era simplemente sumergirnos en el cuento como se entra en una casa, es decir, «crear ambientes»; provocando así que sintamos el influjo de sus formas, colores, paisajes, etc. Tal como él pormenoriza, en el cuadro petrificado de las primeras líneas, todo lo relativo al espacio donde se desarrollará la obra y se manifestarán sus personajes: “Esta isla es una de las más singulares. Se compone únicamente de...” (Charleston, Carolina

del Sur) O cuando “...si el cuento empieza por interesar la inteligencia, termina apoderándose del alma...”

de un castillo... “...El castillo consistía en una agrupación irregular de...”

¿Pero es posible que Poe esté también en un pobre negro y en un médico ubi-  
cua? Si, por qué no. El negro Júpiter es la broma continua y sujeción al blanco en el cuento (de forma similar como se veía Poe en la atmósfera de la sociedad estadounidense): “¿Por qué va de un lado a otro? (sobre Legrand)... Y haciendo garabatos todo el tiempo...”

“- Si, Massa; no hay por qué tratar así a un pobre negro”. Por suerte no lo ha dejado totalmente iletrado y ha aprendido a contar; a pesar de que no distinga la mano, o el ojo izquierdo del derecho: “- ¡Maldita estupidez la tuyá! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu derecha?...”

... - ¡Contéstame al instante y sin mentir! ¿Cuál es tu ojo izquierdo?”

¡Oh, misericordia, Massa Will! ¿No es seguramente, este mi ojo izquierdo? – rugió... poniendo su mano sobre el órgano derecho de su visión, y manteniéndola allí con la tenacidad de la desesperación”.

Y un médico, que no es más que un accesorio para lograr un fin: “Pero continúe... Me consume la impaciencia”.

En definitiva, como el fin justifica los medios, el título del cuento, *El Escarabajo de Oro*, concentra el encuentro de un escarabajo que resulta en un antes y un después: un antes que se radica en un animal que en alguna que otra ocasión luce estar vivo: “Cuando le cogí, me picó con fuerza, haciendo que le

soltase” y en otras, afirma estar muerto: “...Legrand se había contentado con el escarabajo, que llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda”... “Si tiene miedo... a tocar un pequeño insecto muerto e inofensivo...”; y un después como pergamino que “contenía la última indicación del lugar donde se depositaba” el tesoro. Tesoro cubierto de la singularidad de que su búsqueda haya sido incentivada por un escarabajo de oro y haya sido descubierto por un perro. Situaciones que muestran el deseo continuo del autor en sus obras de buscar en lo cotidiano lo insólito y aún lo extrahumano: “Cuando terminé el dibujo, se lo di a usted y le observé con fijeza hasta que me lo devolvió. No era usted, por tanto, quien había dibujado la calavera y ni estaba allí presente nadie que hubiese podido hacerlo. No había sido, pues, realizado por un medio humano”.

“- ¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Del pobre escarabajito, al que yo insultaba y calumniaba! ¿No te avergüenzas de ti mismo negro? ¡Anda, contéstame!”

Raúl Lockward: Estudiante de Derecho de UNAPEC. Más de 4 libros inéditos. Tertulias a las que pertenece: Yelidá, Aleph y Cesar Vallejo. Escritor que incursiona en todos los generos literarios y articulista